

## *Jesucristo, el Hijo de Dios vivo*<sup>1</sup>

1. En nuestro tiempo es muy común que se realicen encuestas y sondeos de opinión. En diversos sectores, sobre todo en el ambiente político y comercial, se pregunta a la gente lo que piensa de tal o cual asunto. La escena que hoy nos presenta el Evangelio de la misa, es una especie de sondeo de opinión realizado por Jesucristo solo que, en lugar de político o comercial, el fin es formativo<sup>2</sup>.

En la tranquila y lejana región de Cesarea de Filipo, a solas con sus más cercanos seguidores, el Señor les hace una pregunta desconcertante: *¿Quién dice la gente que es el Hijo del hombre?*<sup>3</sup>. Como acabamos de escuchar, los apóstoles van contestando tímidamente una cosa u otra. Su Maestro es comparado con los grandes hombres de Dios, antiguos o recientes: Juan Bautista, Elías o Jeremías... Eso, indudablemente, tiene su valor. Refleja que en la percepción del pueblo, Jesús es un gran profeta, algo se aproxima a la realidad pero, desde luego, a todas luces resulta insuficiente. Por eso el Señor añade una segunda interrogante mucho más comprometedor: *Y ustedes, ¿quién dicen que soy yo?*<sup>4</sup>. Podemos fácilmente imaginar el nerviosismo que invade a aquellos hombres. Las miradas van de un sitio a otro, para arriba o para abajo, hacia las manos o los pies. Tal vez de unos a otros, mientras el tiempo va pasando. Por fin, cuando el silencio parece insoportable, es Pedro quien, según su costumbre impetuosa, se lanza con una audaz afirmación: *Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo*<sup>5</sup>.

2. Se trata de una respuesta tan clara, tan breve, tan exacta y profunda que, evidentemente, solo puede proceder de una especial gracia de Dios. Simón confiesa a Jesús como el salvador anhelado por tantas generaciones del pueblo de Israel: *el Mesías* anunciado de múltiples formas en las Escrituras. Pero incluso va mucho más allá. Afirma algo hasta entonces inimaginable. El Señor no es sólo un enviado de Dios. Es Dios mismo. *El Hijo de Dios vivo*. Lo que Juan, ahí presente, afirmará más adelante en su evangelio con otra frase lapidaria: *El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros*<sup>6</sup>.

Pareciera que con su respuesta, Simón arroja a un lago una gran piedra que produce un efecto ondulatorio en círculos concéntricos cada vez más grandes con el paso de los siglos y que llega hasta nuestros días. Hasta hoy y hasta aquí. Podríamos afirmar que los ecos del sondeo de opinión realizado por Jesús se perciben esta tarde en Santa Fe.

3. Ahora bien, la gran cuestión que hoy debiéramos plantearnos es esta: Si el Señor nos preguntara a cada uno de nosotros, *¿y tú, quién dices que soy yo?, ¿quién soy yo, realmente, para ti...? ¿Qué le responderíamos?, ¿nos aventuraríamos con total confianza a*

---

<sup>1</sup> Domingo XXI, A.

<sup>2</sup> La idea la propone R. Cantalamessa, *Echad las redes*, in loc.

<sup>3</sup> Evangelio, Mt 16, 13.

<sup>4</sup> *Ibid.* 15.

<sup>5</sup> *Ibid.* 16.

<sup>6</sup> *Juan* 1, 14.

repetir la sentencia de Pedro? Porque de eso precisamente se trata. De que Cristo no sea para nosotros una figura lejana y nebulosa que se pierde en la noche de los tiempos. Tal como pareciera ser, por desgracia, para tantos y tantos cristianos que viven su vocación inmersos en un cómodo y frío anonimato, en el que, por lo mismo, Cristo no interpela en absoluto su modo de vivir. Y no, no es eso, no puede ser eso. San Josemaría nos recuerda: ***Cristo vive. Jesús es el Emmanuel: Dios con nosotros. Su Resurrección nos revela que Dios no abandona a los suyos***<sup>7</sup>. Apoyándonos en el testimonio de san Pedro, debemos encender nuestra fe y, sabiendo que *Él es el mismo ayer, hoy y siempre*<sup>8</sup>, tomar partido de una vez por todas. El Señor no admite componendas. Nos ha dicho con claridad: *El que no está conmigo, está contra mí; el que conmigo no recoge, desparrama*<sup>9</sup>. No hay otra opción, Jesús debe ser nuestro hermano del alma, nuestro mejor amigo, el centro de nuestra vida.

4. Una última reflexión. Al felicitar a Pedro por su sorprendente respuesta, Jesús añade: *Dichoso tú, Simón, hijo de Juan, porque esto no te lo ha revelado ningún hombre (no te lo ha revelado ni la carne, ni la sangre), sino mi Padre, que está en los cielos! Y yo te digo que tu eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia*<sup>10</sup>. Cristo quiso fundar una Iglesia para que, por medio de ella, lo encontremos todos sus discípulos a lo largo de la historia. Y otra cosa, que no se nos debe olvidar: al frente de su Iglesia, colocó a Pedro y a sus sucesores, los Romanos Pontífices.

Hemos venido escuchando tantas cosas desagradables de la Iglesia y de sus pastores en estos últimos años que, si nos descuidamos, podemos terminar pensando que todo en ella está perdido y descompuesto. Y definitivamente no es así. Es verdad que ha habido dolorosos escándalos protagonizados por sacerdotes y obispos que tal vez nunca debieron ser consagrados. Pero la Iglesia en su conjunto es santa y llena de Dios. Si nos apartáramos de ella como quieren algunos, sencillamente no podríamos encontrar el verdadero rostro de Cristo. No tendríamos forma de comprender bien las Escrituras, careceríamos de la Eucaristía o del perdón de nuestros pecados en el sacramento de la confesión, y tantas cosas más.

No nos dejemos confundir. Que el mal ejemplo de unos cuantos cretinos no nos impida amar a la Iglesia como lo que es: la esposa inmaculada de Cristo. *Ella ya en la tierra se caracteriza por una verdadera santidad, aunque todavía imperfecta*<sup>11</sup>. *Y mientras que Cristo, 'santo, inocente, sin mancha'*<sup>12</sup>, *no conoció el pecado (...) la Iglesia, abrazando en su seno a los pecadores, es a la vez santa y siempre necesitada de purificación y busca sin cesar la conversión y la renovación*<sup>13</sup>.

Termino con una pequeña anécdota recogida por Julien Green, un escritor norteamericano del siglo XX, converso del protestantismo al catolicismo. En una biografía

---

<sup>7</sup> SAN JOSEMARÍA, *Es Cristo que pasa*, n. 102.

<sup>8</sup> *Heb* 13, 8.

<sup>9</sup> *Lc* 11,23.

<sup>10</sup> *Mt* 16, 17-18.

<sup>11</sup> CONCILIO VATICANO II, *Lumen gentium*, n. 48.

<sup>12</sup> *Heb* 7, 26

<sup>13</sup> CONCILIO VATICANO II, *Lumen gentium*, n. 8.

del santo de Asís, titulada *Hermano Francisco*, nos cuenta que un día un hereje, tras comentarle el caso de un sacerdote que vivía públicamente en concubinato, le preguntó: ¿Es válida la misa celebrada por un hombre que tiene así de manchadas sus manos? San Francisco no responde nada y, en la primera oportunidad, buscó aquel pobre hombre, sacerdote indigno, se arrodilló ante él y le besó las manos. Aquellas manos que sostenían todos los días el Cuerpo del Señor.

Pues nosotros igual. Ante las ruidosas debilidades de algunos eclesiásticos, mantengamos la visión sobrenatural recordando las palabras de Pedro a Jesús: *Eres el Hijo de Dios vivo*; así como las de Jesús a Pedro: *y tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia. Y los poderes del infierno no prevalecerán sobre ella. Amén.*

Francisco A. Cantú, Pbro.

Santa Fe, Ciudad de México, a 27 de agosto de 2017